

¿Fué el barquichuelo de juguete
 con el que yo te ví jugar,
 aquél de vivos colorines
 el que tal vez te hizo soñar?
 Pienso que en él tu fantasía
 viajó sin rumbo y al azar.
 ¡Qué lejos, ay, tu madre estaba
 de tu secreto navegar!
 Para ella fuiste siempre el niño
 al que mecer y al que cantar...

Ahora tu cuna será el barco
 que arrulla y mece dulce el mar.
 Mas... son sus brazos peligrosos
 y es engañoso su cantar.
 El pensamiento de tu madre
 te ha de seguir en tu bogar,
 imaginando mil peligros,
 soñando en verte regresar.
 Entre las jarcias de tu barco
 oirás al viento murmurar
 y pensarás que está muy cerca,
 que la escuchaste suspirar...
 Mas cuando vuelvas de algún viaje
 tal vez ya no la has de encontrar.

¡Ay, marino de tierra adentro!
 ¿Por qué soñaste con el mar?

ELADIA MONTESINO



Lecciones de Democracia

ALGUIEN estimará, apenas se adentre en el tema motivo de este artículo, que podía su autor haberse ahorrado el trabajo de ocuparse en asunto añejo, manido y resobado por cuantos comentaristas, corresponsales y políticos de todas las tallas tuvieron a bien acometer la glosa y comentario de suceso que fué durante varios días casi único acaparador de la mundial atención. Me estoy refiriendo a la «destitución» del General Mac-Arthur, Jefe Supremo de las fuerzas de la ONU en la península coreana.

No me hubiera tentado el deseo de abordar este asunto—tratado en sus diferentes fases y aspectos, si no fuera por que de su desarrollo y tramitación pienso obtener una enseñanza aprovechable para nosotros y deducir una lección bien amarga, para los enamorados incondicionalmente de la democracia al uso y que no produce en la mayoría de los casos, si no perturbaciones y daños a los que la aplican sin tasa ni medida. La destitución del General Mac-Arthur es—con todos los respetos personales para quien la dispuso—lo que en *argot* castizo llaman nuestros reformadores del léxico, un *patinazo*: desacierto político innecesario totalmente y provocador de reacciones nunca convenientes y menos en trance en que más se aconseja la calma, la mesura y el equilibrio.

Aun suponiendo equivocados los modos y sistema del General en Jefe de las fuerzas Unidas, se imponía, dados los excepcionales y extraordinarios prestigios de la persona encargada de la dirección de la campaña represora, una conducta más «suávitier in modo» y del todo ajena a desplantes, que ni el error supuesto, ni la urgencia de su remedio reclamaban. Con trámites más mesurados y discretos, el resultado hubiera sido el mismo y buena prueba de ello es que la conducta de la nueva jefatura militar en Corea no difiere en nada de la seguida por el anterior; demostración palmaria de que ambos—destituido y sustituto—conocen su misión en la campaña y aplican el remedio que el mal reclama.

Pero es que hasta el supuesto de error se desvanece con sólo aplicar una lógica elemental a los sucesos. El General en Jefe de las tropas de la ONU cuyo mando supremo asume el Presidente Truman recibió orden de acabar con la inexplicable situación coreana, opuesta a todos los pactos y convenios que motivaron la constitución de esa Sociedad internacional, creada por el Pacto del Atlántico, en cuyo menester colaboran, de modo insuficiente y escaso, Francia e Inglaterra como principales asociados.

La evidente ligereza del Presidente yanqui ha provocado inconscientemente un verdadero plebiscito en el que la opinión norteamericana se ha pronunciado a favor del General en Jefe de las fuerzas

aliadas, mediante un simple cómputo de méritos de uno y otro, cuyo resultado tenía que ser fatalmente adverso para el Presidente.

Y la prueba más palpable del significado indudable de esta explosión popular, la tenemos en que cuantos aclamaban y vitoreaban a Mac-Arthur en los lugares por donde ha hecho su desfile triunfal, eran los mismos que tienen intereses lastimados por la guerra, hijos en el frente de Corea y desean con el mismo fervor que Truman y su Gobierno, que termine esta inexplicable actitud comunista a través de chinos y coreanos rebeldes, que sirven a Moscú de cabeza de turco: es por tanto un desagravio al margen de partidismos políticos, por los que se la quiere hacer derivar y que indica en este caso una visión clara de lo que es y debe ser la actitud de un país que confiaba en el acierto de quien actuaba en el frente, en defensa de los comunes intereses de una nación y no de un partido, mesnada, ni bandería: la democracia no es ni puede ser un tinglado en el cual los apoderados representantes o delegados del poder tengan que consultar a cada paso sus movimientos y someterse a órdenes parciales y de detalle, cuando actúan en planes de conjunto, con orientaciones concretas y pensadas de antemano, sobre todo si la distancia que separa a poderdantes y mandatario no permite espera en asuntos urgentes: este es el caso. Truman en cumplimiento de sus deberes de gobernante traza al General Jefe de las tropas aliadas la norma de su conducta en la represión del movimiento coreano rebelde: el modo, queda naturalmente, a juicio de quien palpa y mide los sucesos al día y sobre el terreno; sería depresivo y no cabe suponer tal pensamiento en un Jefe de Estado, pretender que cada operación, cada ataque o cada bombardeo deba ser consultado con Washington y esperar el resultado de tal consulta; no obrar de ese modo cominero y casuístico, no es invadir la esfera política, como inconsciente o maliciosamente se pretende por colaboradores remisos o camarillas políticas, vestales de la democracia «pro sua causa», ni se ve infracción protocolaria ni invasión de funciones políticas por el hecho de que un General en Jefe diga «que no le importaría escuchar proposiciones de arreglo por parte de los rebeldes», antes al contrario, supone que una vez escuchadas tales propuestas, las expondrá a quien deba en definitiva resolver en última instancia.

En resumen, ningún espectador imparcial de los sucesos que han constituido la actualidad mundial en los últimos días dejará de estimar que política, ni táctica, ni lógicamente tienen otro alcance que el señalado y obtendrá como obligada consecuencia que en algunos casos, no está la buena voluntad a igual altura que las dotes de los gobernantes.

.....
Nosotros—España—fué víctima de uno de esos empachos de democracia y aún estamos pagando las consecuencias de sucesos desgraciados que seguramente ningún español ha olvidado si los vivió, ni dejará de lamentar si los conoce por tradición.

Era el año 1898. Consumado en Santa Agueda el asesinato de Cánovas, presidente del Consejo de Ministros y en funciones interinas

de tal, el General Azcárraga, surgen revueltas y disturbios en nuestras posesiones de Ultramar. Azcárraga dimite y S. M. la Reina Regente encarga a Sagasta el Gobierno del país. Concédese a Cuba la autonomía, pero esta determinación es tardía y no contribuye sino a acelerar el suceso inevitable. La guerra con las Antillas y lo que es peor con los Estados Unidos de América, amparadores oficiosos o interesados de aquellos territorios.

Todos los políticos citados, eran defensores acérrimos de la democracia y del régimen parlamentario.

La Reina Regente, con visión certera de los hechos, pero con las manos atadas por el apotegma democrático de que «El Rey reina, pero no gobierna», profetizó en el discurso de la Corona, al abrirse el Parlamento, la pérdida del imperio colonial.

Todos conocemos la odisea tremenda de aquellos días; el desquite completo de la opinión, no solamente de la masa ignara, inclinada siempre a la exageración y la fantasía, sino de muchos sectores cuyo nivel de cultura aconsejaba más ponderación y mesura en el enjuiciar; mítines, manifestaciones, discursos, artículos periodísticos, preconizaban la guerra y alentaban a los remisos a una aventura insensata y fatalmente catastrófica.

La democracia mal entendida e interpretada en el sentido de que al pueblo hay que obedecerle ciegamente o halagarle con sumisión bovina, condujo a España a la más desastrosa mutilación geográfica que registra la Historia: a la pérdida del más rico y hermoso imperio colonial conocido, y que tantos sacrificios costó adquirir y conservar.

De Madrid, se ordena combatir contra la escuadra mandada por Dewey y compuesta por siete buques de guerra perfectamente equipados contra barcos faltos de carbón, escasos de municiones, aunque mandados por marinos de valor y capacidad reconocida: El comandante Cervera hace ver al Gobierno la imposibilidad absoluta de enfrentarse con un enemigo superior en todo a nuestros elementos combativos. Celebra junta de Jefes, que comparten su opinión. Se insiste desde Madrid en la orden, en cable que envía el ministro de marina General Bermejo: Dos veces más intenta Cervera vencer a la superioridad de lo imposible e inútil de la empresa y finalmente la sospecha de que se pueda dudar del valor de marinos españoles, olvidándose de que a lo imposible no obliga la obediencia, allá van a morir, sin posibilidad de otra solución, los abnegados soldados de España. En aguas antillanas quedaron con sus viejos cascos ametrallados a mansalva, el acorazado «Teresa», insignia del Almirante y los buques «Vizcaya», «Colón», «Oquendo», «Furor», «Plutón» y con ellos ofrendaron sus vidas Montojo en aguas de Filipinas mandando el «Isla Cristina», Cadalso, Villamil, Lazaga y Cervera; unos a bordo de sus buques y otros tendidos y muertos en los arrecifes de la costa, porque prefirieron arrojar al mar, a rendirse.

He aquí, lector, dos ejemplos de puritanismo democrático, que, si bien el primero de los citados, acaso no pase de una prueba de la

infantil ingenuidad de que se jactan los yanquis, explotada ya, por los muñidores y politicastros y que a nosotros—de vuelta ya de todas esas antiguallas—se nos antojan *cominerías*: el otro, en cambio, nos trae un recuerdo muy amargo: la pérdida material de algo muy caro y la añoranza de una Reina, a quien un imbécil crismó con el apelativo de DOÑA VIRTUDES, obteniendo con tal bautismo el mayor y único acierto de su vida, que lloró sobre la rubia cabeza de un Rey de doce años, la pena inmensa de un trono desgajado de su más ricos florones. No las doy de augur ni gusto de dogmatizar, pero sí creo firmemente, que aquella herida que infirió inconsciente la democracia desmandada, en tan altas figuras de la España de entonces, tuvo su desenlace años después. Ambos—madre e hijo—murieron del corazón. No podía ser de otra manera.

FRANCISCO BELMONTE



IDEARIO EXTREMEÑO

Y para la certidumbre—de los fines humanales,—al juicio, con fulgencia,—descubre el raftro y cumbre—dos virtudes generales,—con las cuales se defquicia—la puerta de los errores,—en que la carne fe auicia:—Dos perros de gran noticia—van delante por ventores.—Son la justicia y prudencia—que por ellas la razón—haze proceffo y fentencia,—que no hay mal fin penitencia—ni bondad fin galardón.

DIEGO SANCHEZ DE BADAJOZ

RETABLO LUGAREÑO

Canción de Mayo

*Llora que te llora
de la fuente al son,
se me va la tarde,
se me pone el sol.*

| | |
|----------------------------|----------------------------|
| Fuí por agua fría | Me contó sus ansias, |
| para mi congoja | curó mis pesares; |
| de niña quinceña | lo tuve a mi lado |
| sin mozos en ronda. | un eterno instante, |
| La fuente conmigo | y sin darme cuenta |
| <i>llora que te llora.</i> | <i>se me fué la tarde.</i> |

| | |
|-----------------------------|---------------------------|
| Un vuelco, de susto, | Ingrata caricia |
| me dió el corazón, | la del cazador, |
| y acabé riendo | que olvidando triunfos |
| con el cazador | rompe el corazón. |
| que me dijo amores | En la fuente, sola, |
| <i>de la fuente al son.</i> | <i>se me puso el sol.</i> |

*Llora que te llora
de la fuente al son,
se me fué la tarde,
se me puso el sol.*

FERNANDO BRAVO